

¿Y en qué pensaban Justo Villa y Cristóbal Figueroa después de que se les había sacado de sus llanos jaliscienses para tocar ante los catrines de la ciudad de México, quienes apenas sabían qué era esa música exótica de su propia tierra llamada “sones de mariachi”? ¿Les habrá dado lo mismo a los integrantes del Cuarteto Coculense tocar para una larga fiesta del santo patrono, allá en Cocula, que para un emperifollado salón porfiriano de la flamante colonia Roma de la capital de la República o bien para los conos de la Edison en aquella primavera de 1908 en que lo hicieron? ¿Habrán conocido a don Gaspar Vargas, quien por entonces tenía 10 años de haber fundado un mariachi cuyo futuro nadie –ni él mismo– podían imaginar? ¿Le habrá contado los coculenses al tecalitleo de sus aventuras en la ciudad de México incluyendo las fonográficas? ¿Quién habrá elegido los sones que habían de grabarse, los músicos o los ingenieros de sonido –bien podemos llamarles ya así– si la ejecución de cualquier son puede durar lo que duren las ganas, la memoria y la imaginación de los músicos, así como el interés de los bailarines o los escuchas? ¿Qué cara habrán puesto los coculenses cuando les dijeron que no podían tocar más de cuatro minutos seguidos por causa de la limitación natural del cilindro de cera? ¿Con qué criterio habrán elegido las coplas de *El periquito* que al final se quedaron grabadas para siempre en ese débil surco del cilindro y que desde entonces han podido escuchar, sin la presencia de los músicos, los agentes de Edison, don Gaspar Vargas, mis tatarabuelos, ustedes y yo?

Y fuera de México, en aquellos bélicos años revolucionarios, cuando seguía habiendo vida cotidiana en medio de la refriega intermitente de la bola, y por ende música, dentro y fuera del país ¿cómo tomaba una empresa organizada, con sus criterios comerciales definidos con claridad, la experiencia de grabar lo que se tenía por música mexicana para venderla y difundirla más allá de los ríos Bravo y Suchiate, más allá de Veracruz y Cozumel, de Ensenada y de Acapulco? ¿Habría alguna idea especial en la mente de los integrantes de la Banda Columbia cuando registraron, allá por los años 1919 o 1920, una versión más del *Cielito lindo* en alguna